



La Sociedad Protectora de Animales que anualmente debe elegir presidente, acaba de hacerlo ahora.

Se supo desempeñar Albarracín en el cargo, mas no faltó, sin embargo, quien le quiso suplantar.

Produjo consternación esto en los centros gremiales de todos los animales porque, siendo una cuestión para ellos de vida ó muerte, no quedó perro ni gato que no pasara un mal rato temeroso de su suerte.

Dijo Albarracín que son las bestias nuestras hermanas, dijo... otras cuantas macanas, y empezó la votación.

Hubo lucha, pero al fin por diez votos nuevamente reelegido presidente fué el doctor Albarracín.

Le aclamó la sociedad, y él, al verse reelegido, se fué á casa conmovido con tanta felicidad.

Tuvo cartas el doctor de todo *bicho viviente* diciéndole lo siguiente que aquí transmito al lector:

A mí no me entristece ni me alegra, señor Albarracín, su reelección, porque no necesito protección; yo me protejo solo.

Un ave negra.

La lluvia, el calor ó el fresco es preciso que yo aguante, y aunque vivo en el *pescante*, no son peces lo que pescó, sino alguna pulmonía, los insultos de la gente, y el arresto consiguiente cuando me caza un tranvía.

No tengo ninguna queja, doctor, de su proceder, pues le debo agradecer el que usted no me proteja.

Soy el animal más fiero según han dado en decir. Sírvase usted desmentir esa lisonja.

El cochero.

De proteger no presumas á todos, sin distinción. Cacareando y sin plumas sigue

El gallo de Morón.

Es para mí denigrante, mi estimado presidente, que esté diciendo la gente:

¡La gran perra!, á cada instante.

Ya estoy cansada de andar en lenguas, de boca en boca, y á usted, hermano, le toca el hacerme respetar.

Defiéndame de la guerra que se me hace con el lazo, y reciba usted un abrazo de su hermana

La gran perra.

De mí tiene compasión bastante la Comisión, pues, aun haciéndolo aposta, no fuera su protección más eficaz.

La langosta.

Hay bastantes gaticidas que quisieran darme muerte, pero yo tengo, por suerte, como sabe, siete vidas.

Por mí no pase cuidado, ya sabe, doctor, que el vice, como todo el mundo dice, protege al

Gato encerrado.

A mí me tienen, señor, por ave de la peor especie, y ya me revienta. ¡Protéjame usted, doctor!

Suyo

Un pájaro de cuenta.

Encontrando alguna gente graciosos nuestros matices, en nuestras mismas narices se ríe bárbaramente.

Y puesto que esos señores han dado en esta manía, haga que nadie se ría de

Los peces de colores.

Por la copia

SERRUCHO.

